



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	25 »
	Correspondencia literaria: Sra. D. <sup>a</sup> Patrocinio de Biedma, Sacramento, 53.—Cádiz.	pesetas: seis meses, 13 id., un año, id.	10 »
		En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id.	15 »
		Extranjero y repúblicas americanas, id.	15 »

30 de Mayo de 1877

Núm. 3.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

### COLABORADORES.

Asensi, D.<sup>a</sup> Julia.  
Calé de Quintero, D.<sup>a</sup> Emilia.  
Díaz de Lamarque, D.<sup>a</sup> Antonia.  
Grassi, D.<sup>a</sup> Angela.  
Gimeno, D.<sup>a</sup> Maria de la Concepcion.  
Graciella.  
Ormaeche, D.<sup>a</sup> Ermelinda.  
Lujan, D.<sup>a</sup> Eloisa.  
Rattazzi, Madame.  
Sinués, D.<sup>a</sup> Maria del Pilar.  
Saez de Melgar, D.<sup>a</sup> Faustina.  
Albareda, D. José Luis.  
Almenas, Conde de las.  
Alvarez Jimenez, D. Antonio.  
Asquerino, D. Eduardo.  
Alvarez, D. Miguel de los Santos.  
Alcalá Galiano, D. José.  
Balaguer, D. Victor.  
Borrego, D. Andrés.

Burgos, D. Javier.  
Castelar, D. Emilio.  
Canovas, D. Antonio.  
Castro, D. Adolfo.  
Campoamor, D. Ramon.  
Corradí, D. Blas de L.  
Chico, Marqués de Valmar, D. L. A. de  
Cueca, D. Angel de la  
De Gabriel, D. Fernando.  
Doctor Theusem.  
Díaz de la Quinana, D. Alberto.  
Echegaray, D. José.  
Fabraquer, Conde de.  
Flores Arenas, D. Francisco.  
Flores, D. Gerónimo.  
Frontaura, D. Carlos.  
Flaquer, D. Francisco de P.  
Ginard de la Rosa, D. Rafael.  
Guerrero, D. Teodoro.

Hartzenbusch, D. Juan Eugenio.  
Herran, D. Fermín.  
Harmsen, D. Alejandro.  
Ibanez Pacheco, D. Pedro.  
La Serna, D. A. Fernando.  
Leon y Castillo, D. Fernando.  
Leon Mainez, D. Ramon.  
Lamarque y Novoa, D. José.  
Miró, D. Juan.  
Milans del Bosch, el General.  
Moreno Espinosa, D. Alfonso.  
Moya y Jimenez, D. Luis.  
Mendoza, D. J. R. de.  
Moreno Castelló, D. José.  
Osorio y Bernard, D. Manuel.  
Paz, D. Abdon.  
Pongilioni, D. Aristides.  
Pacheco, D. Francisco de Asis.  
Piñal, D. Federico.

Rodruejo, D. Jorge.  
Rodriguez Arroquia, D. Angel.  
Ruiz Jimenez, D. Joaquin.  
Revilla, D. Manuel.  
Romero Ortiz, D. Antonio.  
Salvany, D. Juan T.  
Steenackers, Mr. F. F.  
San Miguel de la Vega, El Marqués de.  
Sepúlveda, D. Ricardo.  
Sagasta, D. Práxedes M.  
Trueba, D. Antonio.  
Vidart, D. Luis.  
Vieyra de Abreu, D. Carlos.  
Vila y Blanco, D. Juan.  
Vilar y Garcia, D. Casto.  
Valls y Alvarez, D. Antonio.  
Valero de Tornos, D. Juan.  
Valera, D. Juan.  
Zarandona, D. Florentino.

### SUMARIO.

La literatura andaluza, por PATROCINIO DE BIEDMA.—A la inauguración del monumento erigido en honra de Fray Luis de Leon, por ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.—La huérfana, por LEOPOLDO AUGUSTO DE CUE-TO, Marqués de Valmar.—Las primeras flores, por J. MORENO CASTELLÓ.—Su retrato, por RAFAEL GINARD DE LA ROSA.—A la amistad, por ALFONSO MORENO ESPINOSA.—Un recuerdo: A., por AURORA.—Sor Rosalia, por el CONDE DE FABRAQUER, Visconde de San Javier.—La fé, por ERMELINDA DE ORMAE-CHE.—La flor del Cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Anuncios.

### LITERATURA ANDALUZA.

Es cosa sabida que los terrenos fértiles hacen los hombres perezosos, porque todo aquello que se obtiene sin trabajo, se recibe, no como una compensación y un favor, sino como un don que muchas veces hasta nos olvidamos de agradecer.

Hé aquí lo que sucede con la literatura andaluza, tan rica en galas, en propiedad, en belleza, en vigor y lozanía, como lo es nuestro suelo en flores y frutos, en arroyos y pájaros.

Con la misma savia poderosa, con la misma espontaneidad brotan aquí pensamientos y flo-

res!... Ni se ilustran los unos ni se cultivan las otras.

Para qué?... Decimos con esa indolencia que hemos convenido en llamar nuestra, para qué desarrollar el talento con esa gimnasia de la inteligencia que se llama estudio, ni para qué mejorar las condiciones de la planta con los cuidados que la botánica enseña, si así, incultos, abandonados á sí mismos, talentos y plantas han de alegrarnos y perfumarnos, alma y atmósfera?... Para qué recoger y encerrar lo que la naturaleza prodiga espléndidamente?... Y en verdad que si á la naturaleza pudiera acusarse de malgastar sus dones, en vez de agradecer su generosa prodigalidad, en ninguna parte como en Andalucía pudiera justificarse tal acusación.

La poesía aquí no es un arte ni una ciencia; ni siquiera una intuición de lo bello, ó un sentimiento de estética: la poesía aquí es una atmósfera que se respira, una gracia que flota, una condición del carácter de un pueblo, que la esparce sin conocer su valor, como un niño que jugando con perlas las arroja sin cuidar de recogerlas.

Comprendemos perfectamente el afán de la ilustre escritora Fernan-Caballero, por recoger y conservar esas flores de la poesía popular, la más original, sino la más bella, que esparcen aquí y allí un perfume agreste y nuevo, y que guarda en su fondo sencillo y vago, la epopeya de nuestras costumbres y nuestras creencias.

Pero si la poesía del pueblo, esa inspiración ni aprendida ni estudiada, tiene su mayor mérito en esas condiciones de sencilla ignorancia que son para ella como la frescura para la rosa, la literatura andaluza, aunque como base tenga la poesía innata á este suelo, esa poesía que flota en su luz, murmulla en sus arroyos, vaga en sus bosques y brilla en su cielo, debe buscar también en la verdad de la ciencia y en la firmeza de la razón, algo que fije y asegure esa estatua de copos de nieve y hojas de rosa, que hacen y deshacen nuestros literatos, con sus creaciones de un día, con sus rasgos de ingenio que se pierden en su pereza nativa, como las ondulaciones del humo de un perfume, en el espacio en que se extiende.

Es preciso no sólo sentir, sino pensar, por qué, si el sentimiento impulsa, el pensamiento guía, y si puede sentirse espontáneamente para pensar hay que saber lo que se piensa. Además, una vez que esto se sabe, es fuerza tener el valor, la actividad necesaria para hacer valer ese tesoro; hay que aunar voluntades y esfuerzos para hacerse fuertes con ese mutuo apoyo; hay que olvidar el yo, ese insoportable pedestal de las más mezquinas pasiones, para no pensar en el orgullo que ciega; en la vanidad que anula las más altas facultades; en el egoísmo que rebaja: es fuerza llevar de buena voluntad la piedra de nuestro trabajo al edificio de nuestra literatura, y si la inspiración la abrillanta, si la espontaneidad la colora, no deje por eso de pulimentarse con el estudio,



cincel delicado, que lejos de ocultar el brillo natural, le presta la finura de tonos y la suavidad de fases que pueden dar al bloque rudo, forma inmortal.

Creemos conocer el secreto que encierra el aglomerarse en la corte los ingenios, como las abejas en una colmena; creemos comprender el por qué el salir de la corte las grandes obras y los grandes hombres, y lo encontramos, aunque pueril, muy natural.

Empieza á brillar en Madrid un literato, y como allí están los que ya han obtenido, con la sancion de todos, un derecho á la soberanía del talento, como, á donde quiera que vá el escritor novel, halla eminencias, ya reconocidas, si quiere, no brillar, sino hacerse visible; ha de trabajar con esfuerzo lento y constante; ha de dudar de sí mismo, encontrando admiración y ejemplo en aquellos seres que se le muestran en la cumbre de la celebridad; no cuenta con hacer el camino á saltos, sino que le emprende paso á paso, luchando con sus asperezas, venciendo sus peligros, alentando con sus esperanzas, y sosteniendo por el esfuerzo de su inteligencia, que como todo lo que está adornado de condiciones grandes, se crece en la lucha, y se depura en el sufrimiento.

Aceptada así la literatura, el escritor llega invariablemente á conseguir un lugar honroso en esa república ideal donde para adquirir derecho de ciudadanía, basta contar con una inteligencia bien dirigida, una razón clara y una voluntad firme. Una vez conquistado ese derecho, no termina, ni con mucho, la misión del escritor; antes bien, empieza la obra seria, profunda, que, como destinada á vida inmortal, necesita firme base y bello aspecto, para que al par inspire respeto y admiración.

Completamente distinta, en su principio y en su fin, es la vida literaria del escritor de provincias.

En su capital, por buena que sea, vé y trata familiarmente á las personas notables en letras, las cuales, por consideraciones de amistad ó familia, se creen obligadas á celebrarle como buenos los primeros versos que brotan espontáneos, y como tal defectuosos de ese ingenio que lucha como la crisálida por desenvolverse de sus velos; si las eminencias se le muestran indulgentes, los amigos, la familia, la amiga á quien canta, la novia á quien dedica con una á y tres astéricos sus primeras poesías, le aplauden exageradamente, y.... nada más!.... Aquí acaba su carrera!....

Lejos de estudiar con fé, de trabajar con esperanza, de buscar ejemplos de emulación, de olvidarse de sí mismo para seguir adelante, el literato en embrion, levanta la cabeza, mira de potencia á potencia á cuantos esparcen sus pensamientos como esparce el azahar sus hojas, que perfuman cuanto tocan; no encuentra diferencia entre lo que á él le dicen y dicen al hombre que ha consumido su vida en comprender los misterios de la ciencia, y las bellezas del arte, y juzgándose adornado del privilegio exclusivo de ser sin hacer, se vuelve á sus tiendas, es decir, á su indolencia, escribe cuando más, á la luna; á el aniversario de Cervantes; á la visita de un rey ó á la mujer que ama, y cree con esto comprar el derecho de ocupar un asiento de primera en el *tren-inmortalidad*, que avanza majestuoso hácia el porvenir!...

Perdónesenos la pintura, y compréndase el deseo que inspira estas líneas: él es bien claro, y nuestros lectores le habrán conocido ya.

Desearíamos hacer un hombre eminente de cada uno de los jóvenes que demuestran llevar el ideal de lo bello en su pensamiento, y el anhelo de lo bueno en su alma.

Desearíamos que los poetas de provincias no fuesen á Madrid á buscar un nombre, sino á llevar el nombre adquirido á fuerza de trabajo y de constancia; desearíamos ver unirse en una misma aspiración á todos los literatos

andaluces, formar un gran centro; crear su literatura propia, su teatro, su novela; no mendigar un puesto á la literatura castellana, sino elevar la suya de tal modo, que aquella tuviese á gloria el que se le uniera.

Qué nos falta para ello?

Un idioma especial como á los catalanes, como á los valencianos, como á los vascos?... Lo tenemos mucho más rico, y nos favorece el que no siendo desconocido, como aquellos, del resto de España, puede más fácilmente ser admirado. Nos faltan genios? Nól... Los más eminentes han salido de Andalucía! Oportunidad?... Dónde hallar una historia más rica en hechos grandes, ni una fantasía más viva y apta para comprender que la del pueblo andaluz?...

Lo que nos falta es energía, es voluntad, es unión para marchar de acuerdo á un punto determinado.

Sobra poesía, sobra sentimiento, y falta vigor y empeño para seguir adelante.

La idea de contribuir de algun modo á obtener, más ó menos tarde, un adelanto en esta rica literatura que tanto puede valer, nos ha hecho fundar esta publicación como un centro donde se unan voluntades y esfuerzos; está dirigida por una mujer, y por lo tanto la galantería andaluza transigirá sin vacilar con esta especie de acusación que á su pereza se hace, viniendo á justar en este campo neutral donde todas las opiniones, con tal que sean sostenidas con inteligencia y buen gusto, son admitidas.

Alta emulación tienen: amiga de corazón la que esto escribe de nuestros literatos más eminentes, publicará sus trabajos como ejemplo para el que empieza, á quien tampoco negará sus columnas; madrileña por los gustos, andaluza por el nacimiento, gaditana por el deseo, su placer será unir este riquísimo tesoro de ideas que flota y se pierde, para mostrar al mundo lo que vale su patria.

Esto no es difícil: el CÁDIZ más bien por suerte que por mérito, circula hoy, no sólo en nuestra provincia, sino en España y en el extranjero; sus listas de suscriptores encierran todas las eminencias de la aristocracia, de la ciencia y del talento, y desde S. M. el Rey D. Alfonso XII, que nos hace el favor de leerlo, hasta el pobre artesano á quien hemos hecho servir la suscripción gratis porque nos ofrecía con pena la mitad del importe, *por no ganar más*, lleva de unos en otros nuestras ideas y nuestros pensamientos, dando á conocer lo que es, y más aún, lo que puede ser, la rica literatura andaluza.

PATROCINIO DE BIEDMA.

EN LA INAUGURACION  
DEL MONUMENTO

ERIGIDO EN HONRA DE FRAY LUIS DE LEON.

¡Honor al genio! Con poder fecundo,  
Digna imagen de Dios, álzase y crea:  
Astro es que ofrece su esplendor al mundo  
Y del tiempo inmortal se enseñorea.

En vano el odio y la funesta envidia  
Anhelan detener su rápido vuelo;  
Triunfan sus obras de la audaz perfidia,  
Que son grandiosa emanación del cielo.

Triunfan, y, antorchas de la edad futura,  
Entre aplausos sin fin eternas viven,  
Mientras el odio ciego y la impostura  
Desprecio universal sólo reciben.

Álzanse tus creaciones inmortales  
Como faros del bien, Leon divino,  
¿Qué importan ya las sombras infernales  
Que lanzó la calumnia en tu camino?

¿Qué importa al sol que puedan en momento  
Eclipsarlo maléficos vapores,  
Si á la más leve ondulación del viento  
Torna á mostrar sus vivos resplandores?

De la verdad el aura bienhechora  
Las nubes dispó que te cercaron;  
Gimió vencida la maldad traidora;  
Contigo el genio y la virtud triunfaron.

Viva piedad tu poderoso acento  
Aun en las almas bienhechora inspira,  
Aun elevase á Dios el pensamiento  
Al blando son de tu vibrante lira.

Tú haces odiar las vanas ambiciones;  
Lejos por tí del mundanal ruido  
Escuchan los sencillos corazones  
El canto de las aves no aprendido.

Con supremo poder tú la esperanza  
De los cristianos fervoroso alientas,  
Y la mansión de paz y bienandanza  
A sus ojos atónitos presentas.

Pruebas hoy dá de gratitud profunda  
Tu patria, que de tí se enorgullece,  
Mas no por vez primera te circunda  
La mágica aureola que te ofrece.

Que si en honra hasta aquí de tu talento  
Ni mármoles ni bronce se aprestaron,  
En cada corazón un monumento  
El entusiasmo y la piedad te alzarán.

Por la verdad benéfica guiada,  
Cual tributo debido á tu memoria,  
Con certero buril, entusiasmada,  
Trazó tu imagen la severa historia.

Laureles que los siglos no consumen  
Rindió á tus pies la ciencia agradecida;  
Te aclamaron las letras, que á tu número  
Eran deudas de grandeza y vida.

Y con amor entre recuerdos tantos,  
Fueron el pedestal de tu renombre,  
La ilustración al ensalzar tus cantos,  
El pueblo todo al bendecir tu nombre.

Mas nuestra edad anhela que patente  
De su entusiasmo el homenaje sea:  
Ya al soplo de las artes, elocuente  
Traduce el bronce su fecunda idea.

Ya de tu augusta sombra es digno templo  
La ciudad del saber, donde algún día  
Con tu docta palabra y con tu ejemplo  
Fuiste á la juventud sostén y guía.

El pueblo ante tu imagen soberana  
Himnos de amor y gratitud entona...  
¡Prez y loor á la nación hispana,  
Que al genio y la virtud en tí corona!

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

Sevilla: 1877.

## LA HUÉRFANA.

### INFORTUNIO Y CONSUELO.

#### BALADA.

(Escrita á ruego de la Sra. D.<sup>a</sup> María de los Angeles Bustillo de Henestrosa, para describir un cuadro que representa una joven opulenta amparando á una huérfana desvalida, á la cual encuentra en un campo-santo, junto al cadáver de su madre.)

Vedla llorando ante cadáver yerto  
de su madre adorada...  
Ya para tí la tierra es un desierto...  
¡Niña desventurada!

Daba á tu vida con su amor profundo  
la luz y la alegría.  
¡Quién, pobre niña, te querrá en el mundo  
como ella te quería!

Hoy este globo mísero no encierra  
dicha que á tu alma cuadre;  
La bendición de Dios es en la tierra  
el amor de una madre.

Pero ese Dios, que tabla da segura  
al naufrago en los mares,  
Claros estrellas á la noche oscura,  
y alivio á los pesares,

Al hombre dió desde su excelsa cumbre,  
cual prenda soberana,  
Rayo inmortal de la celeste lumbre:  
la caridad cristiana!...



Y hoy, por sanar la herida lastimera  
que abrió la muerte impía,  
De la bondad del cielo mensajera,  
á otra virgen envía.

Vive entre mármol y entre sedas y oro;  
la opulencia y la calma  
Con ella van; pero mayor tesoro  
lleva dentro del alma.

Lleva esa luz de caridad ardiente  
que el alma diviniza,  
Y un reflejo de amor sobre su frente  
que el corazón hechiza...

Al mirar á la niña sin ventura,  
quiso enjugar su llanto,  
Y amparar la orfandad, de su alma pura  
bajo el divino manto.

Y de sus labios fúlgidos salían  
palabras de consuelo,  
Con un acento que envidiar podrían  
los ángeles del cielo.

«Ven conmigo, le dice, Dios te escuda  
«contra el rigor del hado:  
«Al triste que le implora siempre ayuda;  
«Dios ama al desgraciado.

«Del árbol de tu vida roto y seco  
«chará brotar las flores  
«Ver que otro corazón palpita al eco  
«de tus propios dolores.

«¡Ven! Dios que al pajarillo da sustento,  
«da al infortunio abrigo:

«Mi pan, mi hogar, mi pena y mi contento,  
«yo partiré contigo.

«Yo haré de tu existencia menos triste  
«la fúnebre mañana:

«No puedo ser la madre que perdiste!...  
«pero seré tu hermana!...»

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.  
Marqués de Valmar.

Madrid: 1877.

## LAS PRIMERAS FLORES.

Ya es más bella la aurora,  
más claro el día;  
á las tardes suceden  
noches tranquilas;  
y es que despierta  
en un lecho de flores  
la primavera.

De los cálidos puros  
la esencia brota,  
que el viento enamorado  
con ansia roba;  
y ellas al viento,  
le piden que su esencia  
lleve á los cielos.

Las aves, que ya tienen  
nido de flores,  
preludian en su lecho  
dulces canciones.  
Y luego juntas,  
el cielo, que es su mundo,  
cantando cruzan.

Á las flores primeras  
buscan las auras,  
cuando la noche hermosa  
tranquila avanza.  
Y el arroyuelo,  
murmura cuando siente  
del aura el beso.

Amor pide la brisa  
y amor las aves  
y amor esa corriente,  
cuyos cristales  
ansiosos buscan  
las flores que acaricia  
su blanca espuma.

La tibia luz que mandan  
luna y estrellas,  
parece que amor dice  
de cielo y tierra.  
Y es amor cierto,  
que lo expresan bien claro  
la tierra y cielo.

Yo con amor bendigo  
noches tan claras,  
prados con tantas flores,  
brisas y aguas.  
Cielo sin nubes,  
y aves cuyos cantares  
nacen tan dulces.

Yo bendigo gozoso  
flores tan bellas,  
que en predicar ventura  
son las primeras.  
Y mi cariño  
vuela para decirles  
que las bendigo!

J. MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1877.

## SU RETRATO.

¿Por qué tiembla al mirarte el alma mía?  
¿Por qué apresura el pecho su latido?

¿En vano ha trascurrido,  
Símbolo funeral de mi agonía,  
El tiempo para tí? ¿En vano ha sido  
Que hasta hoy te guardara, cual se guarda  
Ponzoña que con verla dá la muerte?  
¡Que aún á tu vista el corazón se arda!  
¡Que sin desfallecer no pueda verte  
De una muerta mujer, sombra gallarda!

Es su último retrato,  
Es tu marmórea frente,  
Y la llama tranquila  
Que en celestial hoguera

Ardía en el azul de tu pupila;  
Es de tu cabellera  
La doble trenza oscura...

Mas también brilla en él lúgubremente,  
La tristeza profética en tus ojos,

La temprana amargura  
De estos tus labios rojos...

Ay! que al caer la tarde en Occidente  
Así cubre los cielos  
Grave melancolía

Présaga triste del morir el día!

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

Madrid: 1877.

## Á LA AMISTAD.

La palabra creadora, el santo verbo  
con que del rudo caos  
se alzaron ledas, como dócil siervo,  
esas de luz esferoidales náos  
que en el piélago flotan del vacío,  
¿cuál pudo ser, Dios mío?  
¿Cuál es el *Fiat* mágico y fecundo,  
la voz de imperio y de virtud tan llena,  
que sacó de la nada el ancho mundo?  
Sólo el vocablo *amor*, dulce cadena,  
del Hacedor sujeta al dedo santo  
y que tiene por áureos eslabones  
los puros corazones  
de innumerables séres.

Desde el magno cuadrúpedo que lleva  
por organismo un alto promontorio,  
hasta el pequeño y misero infusorio;  
desde el átomo vil hasta los soles  
que apuran los guarismos  
si acaso intentan calcular sus moles,  
todos se rinden á la acción secreta  
de ese fuego de amor y en él se inflaman,  
y todos le proclaman  
del Supremo Hacedor nuncio y profeta.  
El dá al mundo calor y movimiento  
y desde el cielo pródigo desata  
de la vida la hirviente catarata  
en el éter sin fin con nombres varios:  
él cruza los sistemas planetarios  
tomando de atracción el vago nombre:  
baña la tierra en su ligero efluvio  
y trueca en un yesubio  
el misterioso corazón del hombre.  
De este amoroso fuego la violencia  
aviva el soplo del carnal deleite  
que llama un nuevo ser á la existencia,

la especie conservando por tal medio:  
más descontenta el alma  
del placer sensual, se rinde al tedio,  
y goces busca de apacible calma,  
que la dejen tender su alas de oro  
por la región serena que conduce  
á su patria primera, donde luce  
el sol de la verdad, de Dios tesoro.

Entonces, á mostrarla su camino,  
desciende la Amistad, sacerdotisa  
de la austera virtud; soplo divino,  
que al espíritu dando noble fuego,  
ni turba su sosiego  
ni en ímpetus febriles le desborda;  
altar puro y sin fausto  
donde el alma se ofrece en holocausto  
y vibra con eterno *sursum corda*;  
lumbre que da calor, pero no quema,  
que, ardiendo sin cesar, siempre está viva;  
del corazón espléndida diadema  
y del alma inmortal fuerza expansiva.  
¡Oh cándida Amistad, númen celeste!  
Quien jamás dulce abrigo  
en su pecho te ha dado,  
quien no puede tener nunca un amigo,  
ó es un ser infeliz ó es un malvado.

Es inferior al bruto, porque el perro  
sin la estima del hombre no es dichoso  
y ha dejado en la historia  
más de un ejemplo insigne y provechoso  
de su lealtad notoria  
á la mano de aquel que la acaricia.  
En un mundo inferior la flor gallarda  
la venida del sol ansiosa aguarda;  
que el beso de la luz es su delicia:  
con abrazos de amor ciñe la yedra  
el tronco de algún árbol corpulento,  
ó íntima relaciones con la piedra;  
y hasta en los mundos de materia inerte  
la ciencia en nuestros días  
afinidades químicas advierte,  
que son tal vez en su existencia humilde  
misteriosas y dulces simpatías.

Alzad la vista en las solemnes horas  
de la noche callada  
á esa región espléndida, azulada,  
melancólico mar de lo infinito,  
que rasgan con su quilla de topacio  
esas brillantes flotas del espacio,  
que prosiguen con ritmo que os asombra  
su incesante carrera,  
tendiendo para Dios en la ancha esfera  
de miríadas de soles bella alfombra:  
no sigue cada cual su itinerario  
perpétuamente unido y solitario;  
ninguno se resiste  
de la ley de atracción al blando imperio,  
inexplicable forma que reviste  
de la dulce amistad el gran misterio.  
Vedlos unidos por estrechos lazos  
en grupos ó sistemas;  
y cual del padre en los amantes brazos  
turba de hijuelos con ternura cae  
y alegre en derredor bulle y se agita,  
así el astro gravita  
hacia la ingente masa que le atrae.

Sólo el hombre, ese rey cuya corona  
es el libre albedrío,  
miente pura amistad con labio impío  
y á la tierna efusión no se abandona.  
El sórdido interés, la vil codicia,  
la imperfecta estructura  
de este medio social, do la injusticia  
se muestra omnipotente,  
hoy enturbian la fuente  
de tan noble pasión, y en el sudario  
de asqueroso egoísmo  
el corazón envuelven ya sin vida.  
Es forzoso luchar con heroísmo  
en esta sociedad tan perversa  
para que cese el miserable encono  
que produce el afán de la riqueza,  
y de nuevo en su trono  
vuelva á sentarse la deidad augusta  
que tuvo digno templo  
en el alma del Pilades y Orestes,  
de constantes amigos noble ejemplo.  
Inspirándose en él, ¡ojalá un día  
enjague la amistad del hombre el llanto  
y uniéndose por vínculo tan santo,  
llegue el mundo á la edad de la armonía.  
Yo quiero alimentar esa esperanza,  
aunque el mundo, que niega temerario  
la verdad que no alcanza



á descubrir en su horizonte estrecho,  
 acoja este ideal con torpe insulto.  
 Yo, gloriosa deidad, te rindo culto  
 en el altar sagrado de mi pecho:  
 mi amigo es otro yo, que desvanece  
 la nube de mi atroz melancolía,  
 y su voz me parece  
 grata repercusión de la voz mía;  
 pues, por efecto de pasión tan noble,  
 el corazón humano se dilata  
 y el espíritu adquiere vida doble,  
 cuyo movable fondo se retrata  
 en el rostro simpático y querido  
 de otro ser racional; gracia y milagro  
 que Dios en bien de la amistad permite.  
 Por eso yo mi vida te consagro,  
 ¡oh fuente de virtud! y al cielo pido  
 que este amoroso corazón palpite  
 al calor de tan dulce sentimiento  
 hasta que exhale mi postrer aliento.

ALFONSO MORENO Y ESPINOSA.

Cádiz: 1877.

## UN RECUERDO.

A....

Yo sé, niña encantadora,  
 Cuanto en el mundo valías;  
 Que paso una y otra hora  
 Hablando de aquellos días  
 Que eran de tu vida aurora...

Y aunque no te conocí,  
 Tal de nuestro pensamiento  
 Es la atracción, que de tí  
 La belleza y el talento  
 Me parece que entreví...

Qué triste cosa es la vida!...  
 Apenas cruza por ella  
 Una criatura querida,  
 Siendo la radiante estrella  
 Del hogar en que se anida...

Cuando, para hacer visible  
 Que la dicha no es del mundo,  
 Muere su fulgor movable  
 En ese abismo profundo  
 Que llamamos lo imposible!...

Y allí va todo á parar!...  
 Esperanzas, ilusiones,  
 Venturas que hacen gozar,  
 Dolores y decepciones  
 Que se llegan á olvidar!...

Todo se pierde en la nada!  
 Triste y seguro camino  
 De nuestra pobre jornada...  
 ¡Sólo eterno es lo divino  
 por ser su esencia sagrada!....

Y así van nuestras pasiones,  
 Cual nube que lleva el viento,  
 Ora siguiendo ambiciones;  
 O ya con el sentimiento  
 Llenando los corazones!...

Y siempre igual, niña mía!...  
 Jamás el mundo nos calma  
 Esta sed, esta agonía  
 Que es martirio para el alma  
 Que por lo inmortal ansía...

Por eso yo, que en mi afán,  
 Cuando con giros inciertos  
 Mis pensamientos se van,  
 Gusto de hallar en los muertos  
 Lo que los vivos no dan;

Acaricio tu memoria;  
 Busco tu imagen galana  
 Que bajo forma ilusoria  
 Viene á hablarme del mañana,  
 Recordándome la gloria,

Y al verte pura y hermosa,  
 Libre de males y duelos;  
 Al sentir tu alma gloriosa  
 Bañada en luz de los cielos  
 Dónde por siempre reposa;

En vez de llorar por tí  
 De tu dicha enagenada,  
 La ambiciono para mí...  
 ¡Que antes de hallarme cansada  
 También quieroirme de aquí!...

AURORA.

## SOR ROSALÍA.

### LA HERMANA DE CARIDAD.

De tiempo en tiempo, cuando se oye llo-  
 rar mucho sobre la tierra, dice Dios á  
 uno de los Angeles que rodean su Trono:

*Vé á consolar á los que sufren.*

Y el Angel del Señor, inclinando su frente  
 radiante y gozosa, obediente á la voluntad Di-  
 vina, se reviste inmediatamente de una forma  
 humana y se apresura á bajar á este mundo  
 para cumplir su Divina misión.

#### I.

Sobre el torrente de Jonan, al pié de la cor-  
 dillera del Jura, se eleva radiante como el Sol  
 y un aire puro la ciudad de Lex.

En una aldea inmediata á Lex, nació en  
 1877, Juana María Obendue.... la que debía  
 ser un día la bienhechora y la providencia de  
 los pobres, bajo el nombre de Sor Rosalía. El  
 padre de Juana María era un honrado y rico  
 labrador, que murió al poco tiempo de nacer  
 María, y cuando apenas ésta empezaba á tar-  
 tamudear estas dulces palabras: ¡padre mio!

Su viuda, mujer de inteligencia y de cora-  
 zón, después de haber llorado y sentido al es-  
 poso y al amigo que había perdido, pensó en  
 continuar dignamente la tarea que le había de-  
 jado, de criar sus hijos en el amor al bien.

Tres hijas le habían quedado, siendo la me-  
 nor Juana María; pero que era la que más  
 aprovechaba las lecciones maternas. Toda-  
 vía no tenía diez años y ya cuando sus her-  
 manas, sus compañeras iban el Domingo á pa-  
 seo, no pensando más que en jugar y en reir...  
 Juana María permanecía meditabunda,  
 sola y lejos de las demás jóvenes, buscaba un  
 pobre, que acurrucado en la orilla del camino,  
 la tendía temblorosa la mano pidiéndole una  
 limosna, y acercándose á él volviendo la cabe-  
 za para que no la viera entregaba el fruto de  
 sus economías, y al recibir las gracias del men-  
 digo murmuraba estas palabras que su buena  
 y virtuosa madre le repetía sin cesar:

*Ama á tu prójimo para que Dios te ame.*

#### II.

Habíanse casado sus dos hermanas, una  
 después de la otra.

Un día Juana María vió llegarse á ella su  
 madre, que la dijo:

—¿Y tú, querida hija, no quieres casarte  
 también?

Juana María tenía entonces diez y ocho  
 años: era hermosa, bien formada, cualquier  
 hombre se hubiera tenido por feliz en el país  
 de Lex, al darla su nombre y su corazón.

Empero Juana María respondió á su ma-  
 dre:

—Si me permitís, madre mía, yo en lugar  
 de casarme quisiera consagrar mi vida á Dios  
 y dedicarme al servicio de los pobres.

—Hágase tu voluntad, hija mía. No pienso  
 contrariar tu inclinación.

Algunos días después Juana María hacia su  
 profesión religiosa en el noviciado de las her-  
 manas de la caridad.

Al entrar en la religión, esto es, al formar  
 parte de la congregación de hermanas de la ca-  
 ridad, hay costumbre de pronunciar el voto de  
 pobreza, de renunciar á todo lo que nos ha per-  
 tenecido en este mundo, hasta el nombre....  
 Juana María Obendue desapareció para dar  
 lugar á Sor Rosalía.

Quince años más tarde, Sor Rosalía era  
 nombrada Superiora de la casa de Misericor-  
 dia del arrabal de San Marcelo.

#### III.

Cualquiera que haya estado en París y haya  
 penetrado por casualidad en ese barrio, cuyo  
 nombre es el sinónimo de miseria.... como San

Gilles y Wite-Chapel en Londres, y el barrio  
 de las Piñuelas en Madrid; pues bien, si algu-  
 no por casualidad hubiera penetrado en este  
 barrio, preguntase á cualquiera de sus habi-  
 tantes quién era Sor Rosalía, hubiera obtenido  
 sin vacilar, la siguiente respuesta:

—Era la madre de los pobres.

Sí, era la verdadera madre de los pobres,  
 porque á todos los amaba, á todos los socorria  
 sin preferencia, y con rigurosa igualdad.

Nunca se preocupaba de si á este ó á aquel  
 le faltaba pan por pereza, sabía que tenía ham-  
 bre y esto le bastaba, y le daba pan. Es un bor-  
 racho.... Si está enfermo.... es por su culpa....

—Bien, decía Sor Rosalía, cuidémosle aho-  
 ra y después le refriremos.

El nombre de madre de los pobres que el  
 pueblo le había dado, se lo había dado con jus-  
 ticia. No era un sarcasmo como el que no ha-  
 ce aún un año, el pueblo de Madrid daba á una  
 estafadora que tenía abierta en la plazuela de  
 la Cebada una casa de imposiciones (1). Sor  
 Rosalía no se contentaba con distribuir sus  
 cuidados á los pobres, su pan á los hambrien-  
 tos, sabía dar buenos consejos á los necesi-  
 tados y valor á los afligidos.

Con esta sola palabra, *esperanza*, ¡cuántas  
 lágrimas no había secado! ¡Cuántas malas pa-  
 siones no había extinguido. Esta sola palabra,  
 saliendo de sus labios, era cual una promesa  
 sagrada, era la limosna del corazón ante cuya  
 palabra todo desgraciado cae de rodillas... ar-  
 repentido y consolado.

Sor Rosalía había encontrado por todas par-  
 tes, al ver su abnegación, al ver su ardiente  
 caridad, almas generosas dispuestas á ayudarla  
 en su obra. Muchas gentes ricas la habían di-  
 cho:

—Nuestra bolsa es vuestra. Disponed de  
 ella, Rosalía.... Y Rosalía disponía de ella.

Un día un pobre hortelano acudió á ella llo-  
 rando á lágrima viva: aquella noche se le ha-  
 bía muerto su caballo.... Y sin caballo, ¿cómo  
 podría arrastrar la carreta en que llevaba al  
 mercado sus verduras para ganar el sustento  
 á sus siete hijos?

—Estoy arruinado, Sor Rosalía, mis hijos  
 morirán de hambre, salvadme.

Sor Rosalía oyó al desgraciado hortelano, y  
 después de reflexionar un instante, le dijo:

—Confiad en Dios, volved mañana!

Volvió el hortelano al día siguiente.... y dió  
 un grito de alegría y de sorpresa á la vez. En  
 menos de dos horas Sor Rosalía había encon-  
 trado en casa de un *amigo rico* lo que necesi-  
 taba para un *amigo pobre*.

Un caballo! Lo superfluo del uno, el medio  
 de ganar el pan para siete hijos del otro!

#### IV.

Seriano concluir si quisiéramos referir aquí  
 todas las buenas acciones de Sor Rosalía. La  
 casa de Misericordia de la calle de la Espada  
 de Madera, era la cita de todos aquellos, ricos  
 ó pobres, que tenían un servicio, un consejo,  
 un apoyo, una oración que pedir. Tan pronto  
 era una joven, una esposa próxima á caer en  
 el mal, la que entraba con la frente baja á bus-  
 car de Rosalía la fuerza de resistir á una falta,  
 á un crimen quizá; tan pronto era un estudian-  
 te que no sabía dónde comer aquella tarde....  
 porque había comido demasiado la víspera; tan  
 pronto era un tendero que no tenía con qué sa-  
 tisfacer un pagaré.... un comerciante, un fabri-  
 cante que temblaba por la liquidación del fin  
 del mes; ó bien una madre abandonada por un  
 hijo ingrato.... Una joven que desdénaba un  
 mal marido.

(1) Al querer la autoridad en Madrid averiguar las  
 operaciones de Doña Baldomera Larra, dueña de la casa de  
 imposiciones de la plaza de la Cebada, y que se fugó el 3 de  
 Diciembre, llevándose unos treinta millones de los cándi-  
 dos ó ambiciosos imponentes, el pueblo indignado, al ver  
 que la autoridad penetraba en la casa de la embaucadora,  
 se amotinó contra la autoridad, gritando: «es nuestra Pro-  
 videncia, es la madre de los pobres.»



Y Sor Rosalía hacia frente á todo y á todos. Socorros, ayuda, proteccion, buenas palabras: era inagotable su fondo para los que imploraban. Despedía á la joven esposa con la frente alta y purificada el alma; al estudiante, al tendero, al comerciante, al fabricante, con dinero en el bolsillo; á la madre con la esperanza en el corazon.

Cuando uno de los favorecidos, en el impulso de su reconocimiento le decia:

—Sor Rosalía, sois mi Providencia! ¡Ah! Sois mi bienhechora.

—No, contestaba con el tono más sencillo. Soy vuestra servidora.

## V.

En 1848, cuando los tristes combates de la revolucion, ensangrentaron la capital de Francia, Sor Rosalía no faltó á sus deberes; hallábase por todas partes tratando de salvar á cada uno: al loco, de su locura; al soldado, de la muerte que le amenazaba; y su fuerza y energía consiguieron muchas veces separar las balas del seno del que debía herir.

—¿Pero no temeis la muerte? La gritaba un hombre al verla pasar en medio de las barricadas.

—No, contestaba Sor Rosalía, no temo más que á Dios.

En 1849, una nueva y terrible prueba estaba reservada al heroismo de aquella digna mujer.

El cólera morbo asiático, esa terrible enfermedad importada del Ganges, y que con frecuencia nos suelen traer las carabanas de Oriente diezmará á París.

Durante tres meses, Sor Rosalía no durmió tres noches; ¡morían tantos en su barrio! Corriendo de casa en casa, de bohardilla en bohardilla, la *Madre de los Pobres* no tenía más ocupacion, socorrer, salvar ó bendecir.

## VI.

El nombre de Sor Rosalía tenía ya hacia mucho tiempo, su brillante aureola de virtud y de valor, era bendecido del pueblo y considerado por los ricos, por los nobles y por el Gobierno.

El 27 de Febrero de 1852, el *Monitor Universal*, órgano del Gobierno, publicaba el siguiente decreto:

“En nombre del pueblo francés, Luis Napoleon, Presidente de la República francesa.

“Vistos los actos de valor y de abnegacion Juana María Obendue (conocida en religion por Sor Rosalía), Superiora de la casa de Caridad de París.

“Considerando que hace cincuenta años Sor Rosalía, por los cuidados de todo género que ha prodigado á los pobres y á los desgraciados, se ha mostrado digna y acreedora de una recompensa especial:

## DECRETO:

“Artículo 1.º Se concede la condecoracion de la órden nacional de la Legion de Honor, á Sor Rosalía de San Vicente de Paul.

“Art. 2.º El Ministro de lo Interior queda encargado de la ejecucion del presente Decreto.

“Dado en el Palacio de las Tullerías á 27 de Febrero de 1852.—*Luis Napoleon*.”

Mr. de Persigny y el Mariscal St. Arnaud, Ministro de la Guerra, quisieron llevar ellos mismos á Sor Rosalía, las insignias de la Orden.

Y mientras el primero echaba en la mano de tan digna mujer una cantidad de mil francos para sus limosnas, el segundo la colocaba en el pecho la cruz.

Dos gruesas lágrimas corrieron entonces de los ojos de Sor Rosalía.

Oía á lo lejos las voces de *sus hijos* que aclamaban las virtudes de su madre.

## VII.

Tocamos al fin de este boceto de la epopeya de la caridad.

Sor Rosalía se iba haciendo vieja, muy vieja.

Pocos años ántes de morir habia fundado una Casa-Cuna.

¡Preciso era haber visto cómo aquellos niños que la debían un asilo, la adoraban!

Para los niños la ancianidad no tiene arrugas cuando les prodiga sus sonrisas.

Un día habian llevado á la Casa-Cuna una niña muy enferma y raquítica, empero la niña tenía cuatro años, y el reglamento de la Casa no admitía bajo su hospitalario techo niños de más de dos años.

Sor Rosalía tenía la niña en sus brazos, y mirábala tristemente, cual si hubiera sentido un vago pesar al tener que separarse de ella.

—Vamos, dijo por último, es preciso llevarla á los desamparados.

La niña dormía. Sor Rosalía imprimió un cariñoso beso en su frente.

Despertada la niña por aquella caricia, abrió los ojos.

—Mamá, exclamó.

—¡Mamá! replicó vivamente Rosalía. Me ha llamado su madre! Me quedo con ella....

Y la niña, á pesar de los reglamentos, permaneció en la Casa-Cuna.

## VIII.

El 7 de Julio de 1856, á la edad de sesenta años, moría Sor Rosalía, la *Madre de los Pobres*.

¡Qué luto!

En el barrio de San Marcelo se cerraron todas las tiendas en señal de luto, y se interrumpió el trabajo el día del entierro.

Una multitud inmensa acompañó religiosamente el féretro hasta el cementerio. Un sacerdote bendijo la huesa, y cuando la última espuerta de tierra hubo cubierto el ataúd, la multitud se retiró en silencio murmurando:

—¡Está al lado de Dios!

Y la multitud no se equivocaba.

## IX.

El ángel enviado sobre la tierra, acababa de subir al cielo.

Y arrodillándose ante su celeste Señor:

—Dios mio, le decia. ¿Estais contento de mí? ¿Hé cumplido bien mi mision?

## X.

¿Cuántas hermanas Rosalías no encierra hoy en su precioso verjel, el establecimiento de las hermanas de la Caridad, que cual fragantes flores despiden su deliciosa fragancia en todos los países y bajo todos los climas del globo? Sí, muchas imitadoras tiene Sor Rosalía. La caridad, madre de todas las virtudes, obtiene siempre ante los ojos del Señor, una recompensa. El socorro del pobre, del desvalido, es la obra más meritoria á sus Divinos ojos. Hace poco en Madrid, por iniciativa de una opulenta Señora, acaba de abrirse un hospital para niños, digno ejemplo que deben imitar todas las provincias. ¿A quién ha encargado el cuidado de este hospital, esta opulenta y caritativa Señora? A las hermanas de la Caridad, establecimiento al que debemos prodigar nuestro socorro y nuestra ayuda y que con las escuelas pías que se dedican á la educacion de la juventud desvalida, son las dos únicas instituciones que ha respetado en nuestro país el vendaval de las revoluciones.

EL CONDE DE FABRAQUER,

Vizconde de San Javier.

Madrid: 1877.

## LA FE.

¡Qué hermosa es la fé!

¡Qué vívidos son sus resplandores! ¡Qué dulce el calor de sus rayos!

Cuando el infortunio condensa sobre nosotros espesos nubarrones que nos envuelven en sombras de dolor, y todo es en torno nuestro oscuridad y tristeza, y el alma fatigada se siente anegar entre oleadas de lágrimas hirvientes, y parece que sólo en la muerte puede hallar término ya nuestra congoja, nuestros ojos se elevan á lo alto con una expresion indefinible de súplica ardorosa, y el corazon, en un lenguaje inteligible no más para Aquel á cuya mirada no se oculta ni el microscópico insecto escondido en las entrañas de la tierra, formula un voto sencillo, pero solemne, como queriendo mejor obligar al Supremo dispensador de toda gracia, á que acoja benigno nuestro ruego.... Entonces ¡ah! del fondo oscuro de este cuadro sombrío, surge una luz limpia y suave cuyo puro destello disipa rápidamente las tinieblas que nos rodeaban, y la esperanza renace en nuestro pecho, y el espíritu se tranquiliza y recobra sus fuerzas para volver á la lucha, que no ha de cesar mientras subsista unido á la materia corruptible de que fuimos formados.

¡Esa luz es una chispa arrancada á la llama divina de la fé, faro del cielo que alienta nuestra confianza y anima nuestro valor con sus consoladores reflejos eternos!

Vosotros, espíritus turbulentos y descontentadizos pseudo-civilizadores de la humanidad, vosotros que pretendéis apagar en nuestras almas los fulgores dulcísimos de esa antorcha celeste, ¿qué dais en cambio del tesoro inestimable que arteramente intentais arrebatarnos?.... Qué deja nuestro aliento envenenado en el pecho infelice que le aspira?... El cielo inmenso del escepticismo! La sombra helada de la duda!

¿Sabeis qué es el escepticismo?

¡La miseria, la abyeccion moral más degradante, la absoluta carencia de toda idea noble, de todo sentimiento generoso!

Y en cuanto á la duda... ¡oh! ¡La duda es la muerte del alma!... Para definir la duda no hay palabras en nuestro idioma, con ser acaso el más rico de los que se conocen.

¿Cuántas veces he vuelto la cabeza con repugnancia, viendo pasar junto á mí á uno de esos seres envilecidos que por la sola razon de que ellos no se sienten capaces de realizar nada de lo que eleva al hombre sobre la esfera de una vulgaridad tan egoísta como estúpida, hacen asomar á sus labios una sonrisa burlona llena de ironía punzante, siempre que en su presencia se refiere, entre justísimos comentarios de alabanza, algun rasgo sublime de virtud y honradez, de valor é hidalguía, propio de quien lleva en el corazon el santo germen de la fé cristiana, y cuya grandeza ni aún comprender le es dado á sus almas pequeñas y ruines!

¿Cuántas veces me he sentido estremecer de horror al escuchar los desvaríos de un desgraciado envuelto en el negro manto de la impiedad, presa de duda traidora, que con diente implacable roía sus entrañas!

—¡Desdichado!—decia para mí;—¡si su madre le oyera, moriría de dolor!

El miserable que vierte en un corazon puro y sencillo la primera semilla de la incredulidad, es mil veces más criminal y más infame que el asesino cuya mano alevé hunde el acero mortífero en la víctima descuidada; y sin embargo, el peso de la ley, que tarde ó temprano cae sobre el segundo, no alcanza jamás al primero.

Pero ¡ay! que allí donde la justicia humana no llega, llega el dedo de Dios que, como el rayo, pulveriza cuanto toca con enojo....



¡Ah! Venid á mí, los que habeis combatido un día y otro en incesante lucha contra los rigores de una fortuna siempre adversa.... Venid, sí, venid, los que tal vez en pocas horas habeis visto caer en torno vuestro, como flores deshojadas por el huracan, las queridas cabezas de los seres de vuestro amor, cortadas por el segur de la muerte despiadada.... Venid á mí, todos los que recorreis los caminos de la vida dejando un rastro de lágrimas y sangre á vuestro paso!

¡Venid á mí y decidme! En esos momentos de angustia indefinible, de dolor sin nombre, en que parece que el alma se disuelve en llanto, cuando os hallais abandonados de todo humano socorro, sin una mano amiga que restañe las heridas de nuestro corazon, ¿á dónde vais en busca de un lenitivo á vuestros males?... ¿Quién sostiene débiles fuerzas gastadas por el sufrimiento?... ¿Cómo podeis vencer á la desgracia y haceros superiores á toda suerte de calamidades?...

Mas ya os oigo exclamar, con las miradas de gratitud vueltas al cielo:

—¡Jamás el azote del infortunio, simple instrumento de que el Señor se vale para probar el temple de las almas predestinadas, podrá abatir la frente del que atraviesa los secos eriales de este mundo de tránsito, guiado por la antorcha luminosa de la fé! Creer, amar, esperar: este es el secreto de nuestra fortaleza incontrastable. ¡Bendito seas, Dios de bondad, que os habeis dignado enriquecernos con tan preciosos dones!

¡Oh! Qué consolador es el lenguaje del creyente sincero y fervoroso!

Sí! El que cree en los misterios altísimos de nuestra Religion sacrosanta, ama con toda la fuerza de su corazon á un Dios cuyo amor inmenso, cuya caridad infinita le llevaron á morir en una Cruz afrentosa por redimirnos del cautiverio del pecado; y el que cree y ama, tambien ora, y la oracion es bálsamo suave que cicatriza las más profundas llagas, y fuente de todo consuelo.

¡Ah! ¡Pobres almas sin fé, cuán hondo debe ser vuestro desconsuelo, cuán horrible vuestra desesperacion al sentirlos heridos por los dardos de la adversidad!

Vosotros no podeis comprender las dulzuras inefables que las almas amantes de su Redentor apuran al pié de los altares santos, á donde van á depositar sus penas y á recibir consolaciones.

¡Dios y su Santa Madre hagan caer de vuestros ojos la venda que los ciega, para que, como nosotros hoy, podais exclamar vosotros un día: ¡Qué hermosa es la fé! ¡Qué vívidos son sus resplandores! ¡Qué suave el calor de sus rayos!

¡Bendita seas, antorcha celestial de nuestra dicha!

¡Bendita sea tu luz vivificante, que alumbró el heroismo de los mártires de la fé y fué á reflejar sus limpias ondulaciones en el corazon de sus crueles verdugos!

¡Bendito mil veces tu fulgor divino, que hizo brillar triunfante el símbolo de nuestra redencion sobre los emblemas del torpe gentilismo y de la soberbia Media Luna!

¡Tú fuiste la estrella guiadora del inspirado genovés, que conquistó para España un nuevo mundo, y sin número de almas para el cielo!

¡En tí está la grandeza de los hechos asombrosos que registra en su historia la patria de los Cides!

Tus nítidos fulgores iluminan las sinuosas escabrosidades del áspero sendero que conduce al templo de la ciencia.

Léjos de tí, luz celestial, todo es vacío, soledad, tristeza...

¡Oh! El hombre en su necio orgullo ha querido prescindir de tu claridad esplendorosa sustituyéndola con la débil y pasajera llamarada de la electricidad y el fósforo.... ¡Insensato!

Por eso marcha con paso vacilante é inseguro sobre abismos horribles abiertos á sus plantas por la mano maldita de Luzbel....

Por eso no llega á tocar nunca la meta de sus aspiraciones....

¡Por eso, aunque corre afanoso, sin dar tregua á su fatiga, en pos de la *verdad*, no halla sino el error en su camino!

¡Insensato! ¡Insensato!

ERMELINDA DE ORMAECHE.

Bilbao: 1877.

## LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

—Te lo ha dicho ella? preguntó cándidamente.

—No por cierto, dijo Eugenia, conmigo no tiene la confianza que contigo, pero lo he adivinado...

—Pues bien, me dió pena oírle contar lo que hace Lutgardo...

—Lutgardo! exclamó Eugenia palideciendo densamente, y qué hace?

—Le conoces?

—Méenos que tú; de vista solamente, pero acaba...

—Pues bien; segun me dijo Julia es un hombre sin corazon, sin sentimientos... ha abandonado á una mujer que le amaba, y la infeliz...

—Qué? preguntó anhelante Eugenia.

—La infeliz se ha vuelto local...

—Y cómo sabe Julia esa historia, y cómo se atreve á contártelo á tí?...

Una niña bien educada no tiene para qué saber esos escándalos íntimos...

—Dios mio! Ahora irás á quejarte á ella... Qué desgraciada soy!...

—Tranquilízate, no iré, pero procuraré evitar sus confidencias... y... te dió quién era esa mujer, esa infeliz que se volvió local...

—No.

—Bah! lo que yo me figuraba!...

—Qué?

—Que es una historia como tantas otras que por ahí corren sin nombre del autor...

—Crees que no sea verdad?

—Hija mia, en la sociedad, los ociosos, los felices, los que no tienen que ocuparse de otra cosa que de sus goces, suelen emplear su tiempo en escarnecer á los que llaman amigos...

No pueden aceptarse jamás hechos que el vulgo acoge como positivos, sino como muy vagos, como muy dudosos... Quién es el que se cree autorizado para juzgar de aquello que no ha visto?...

—Tú tienes tambien una manera de ser tan rara!...

Eugenia sonrió con dulce tristeza.

—Todo el mundo cree esas cosas, siguió Luisa.

—Y quién es *todo el mundo*, niña mia?...

—Figúrate que la historia de todas las calumnias es siempre igual, y vé como esa historia se hace: un gran corazon, unido á una elevada inteligencia, no sigue jamás al *hormiguero*; no vá detrás de toda preocupacion y de toda costumbre con esa humildad hipócrita del que nada vale y es por lo tanto incapaz de buscar por sí mismo un nuevo camino. Sus primeros pasos levantan un murmullo de asombro... despues, la envidia aguza sus dardos, y busca el medio de herirle mejor... la calumnia surge... despues, ¿sabes por qué toma vida, y crece y llega á presentarse con visos de consistencia? Porque los infames, la han acogido complaciéndose en aumentarla; los ignorantes la han aplaudido como se aplaude un espectáculo que divierte, y esa gente que se llama buena y que como tal pasa en el mundo, esa gente, por egoismo, por indolencia, por preocupacion, no la rechaza, y con su indiferencia parece confirmarla...

Eugenia al hablar así, tenía una animacion extraña á la habitual dulzura de su carácter. Su frente pálida y tersa parecia brillar bajo el fuego de la indignacion; sus cabellos negros, mal prendidos en su *toilette* de mañana, hacian aparecer más enérgica y apasionada la expresion de aquel semblante que sin ser de una belleza perfecta, tenía una atraccion simpática, algo como el reflejo que imprime el talento y que dá como un sello de distincion á la persona.

—Dios mio, cómo te exaltas, dijo Luisa asombrada, cualquiera diria que esa historia te interesa particularmente.

—Lo cual seria una vulgaridad, y por eso espero que tú no digas lo que diria cualquiera: me interesa bajo el punto de vista social...

¿Quién está segura de no ser un día la heroína de una historia?...

—Pues, Julia me ha dicho...

—Mira, Luisa mia; Julia tiene una gran cualidad para mí, que es el cariño que te profesa, pero su carácter ligero é insustancial no es el más apropiado para inspirar confianza... además, no sé porqué, la creo poco dispuesta á defender á nadie de una inculpacion: ¡siempre vé defectos en los demás!...

—Y tú siempre tienes prevencion contra ella!... Pues es una amiga incomparable!...

—Yo no te contrario en tus afecciones! Pero si vieras qué poco dice en pró de un corazon esa falta de indulgencia para todas las faltas!...

—Como ella por su parte no la necesita...

—Es un error esa afirmacion, hija mia; nadie puede creerse tan perfecto como se necesitaria ser para poder pasarse sin la indulgencia ajena; y aún así, del contraste que resultaria entre esa misma perfeccion y las debilidades de que la generalidad adolecemos, resultaria algo de frio y violento que tambien necesitaria ser disculpado!... Lo absoluto no existe para nosotros!...

—Podrá ser, dijo Luisa, pero estás hoy insoportable con tus filosofías; no me has dejado decirte la historia de Lutgardo...

—No quiero saberla, y olvídala tú, hija mia; es inútil buscar voluntariamente impresiones dolorosas cuando tantas hay que sufrir contra nuestra voluntad...

—Si Julia te hubiese llamado lo que no tenias necesidad de saber, te hubiera evitado esas lágrimas, que prueban una vez más la bondad de tu corazon... Pero hablemos de otra cosa: tomarás el caldo?...

—Como quieras... Julia dijo que vendria á buscarme para pasear...

Eugenia hizo un movimiento de contrariedad; dudó un instante, pero temiendo, sin duda, molestar á Luisa, contestó:

—Bien; con tal que vuelvas pronto y no te fatigues mucho.

—No; está tranquila?... Peiname y vísteme... Pero... y tú?...

—Yo, tengo mucho que hacer, dijo con triste sonrisa Eugenia.

—Ya! esas malditas pinturas! Mira que tiene gusto eso de estar todo el día con los colores... no te aburres?...

—No, hija mia; pienso cuán grande es Dios que permite al hombre, utilizando tan sencillos medios, dar forma á su pensamiento...

Luisa se encogió de hombros como quien no comprende una cosa, y se dirigió al tocador.

### CAPÍTULO III.

#### El valor más grande.

Hay heroismos silenciosos, martirios ignorados que son los que más valor exigen, y deben ser los que más admiracion inspiren.

Lleva consigo el ser humano una como levadura de vanidad, que, mezclándose á todos sus sentimientos, le impulsa, le arrastra, por decirlo así, á realizar actos de valor, á desafiar los peligros, á buscar la muerte si fuere necesario, ántes que aceptar de la opinion pública el ridículo que lleva en pos una accion cobarde; pero esos actos no los determina la voluntad del individuo, son, permitásenos la metáfora, un miedo que huye de otro, pues el temor de arrastrar la reprobacion social nos obliga á vencer nuestro propio instinto.

El verdadero valor, ese valor que pocos saben apreciar, no es el que se muestra ostentosamente, es el que se oculta; es el que no espera otro galardón que la aprobacion íntima de la conciencia, y no consiste tampoco la mayor prueba que de él se busque en saber arrostrar la muerte; ¡hay veces en que es mucho más difícil conservar la vida!...

Ocasion tendremos de apreciar el valor de estas almas templadas para el sacrificio, estudiando la más bella figura de esta pequeña historia. Eugenia, en cuyo corazon brotaban los sentimientos generosos, la abnegacion y la bondad, tan espontáneamente como brotan los lirios en los valles.

Daremos algunos detalles á nuestros lectores para hacerles más comprensible la narracion que ha de seguir, y los daremos con toda la concision posible, á fin de no distraer su atencion.

Eugenia de Ochoa, en la época en que nuestra historia empieza, tenía 25 años, y hacia diez que habia perdido á su madre, cuando llevaba aún el luto de su padre.

Su hermana Luisa, de cinco años de edad, habia quedado á su cargo, y de tal modo la pobre niña cumplió para con ella los deberes de madre, que la pequeña huérfana no tuvo jamás motivo para apercibirse del vacío que á su lado habia formado la muerte.

Las niñas, que pertenecian á una familia distinguida y que habian sido ricas, á la muerte de su madre quedaban completamente pobres, pues un pleito desgraciado les habia arrebatado su fortuna, contribuyendo no poco este fatal resultado á abreviar la vida de la pobre viuda que no



pudo defender la fortuna de sus hijas, sumida en el dolor que le produjo la temprana muerte de su esposo.

La anciana abuela de las jóvenes huérfanas las llevó á su lado para ampararlas, pero sea que la edad hubiese enfriado los afectos de su corazón, sea que el dolor de la pérdida de su hijo, cuya memoria avivaban las dos niñas, apagara de una vez para siempre la ternura de su alma, es lo cierto que Eugenia y Luisa encontraron la acogida más indiferente del mundo al lado de la buena señora, que se ocupaba menos de ellas que de su perro favorito.

Eugenia creció, pues, sola, moral y materialmente. Su clara inteligencia se desarrollaba en la meditación y el dolor, y bien pronto la pobre niña, en la edad en que la mujer puebla los espacios de su fantasía con las imágenes brillantes de sus sueños de gloria, supo apreciar el valor de las cosas; la verdad de las esperanzas, las miserias de la realidad.

Era un espectáculo digno de ser estudiado el ver aquel pensamiento desenvolverse lentamente de los velos de la inocencia; iniciarse aquella razón por sí misma en los misterios de la vida, y pugnar aquella voluntad, aún no formada, por vencer la fatalidad en que el destino la oprimía.

Abandonada á sí misma, amoldando las efusiones de su alma generosa á la mezquina realidad en que vivía, Eugenia fué transformando por un trabajo constante su carácter expansivo en reservado; su pensamiento alegre, florido y cándido, en serio, desconfiado y observador.

Muchas veces la risa se helaba en sus labios al ver que ni era acogida ni apreciada; otras muchas la réplica oportuna, la graciosa frase que hubiera sido la alegría de su madre al brotar en aquella fresca boca, se apagaba en ella con desaliento, ante la idea de no ser comprendida ni escuchada.

Su ternura, sus desvelos se concentraron en su hermana Luisa; pero como si Dios hubiera querido hacer su soledad absoluta, el carácter de la niña, violento, voluntarioso, vulgar, era acaso el tormento mayor que la suerte parecía reservar á la pobre Eugenia.

Preciso es confesar que su ciego cariño le disminuía ó le ocultaba estos defectos, pues, como el corazón tiene al desarrollarse con la savia loca de la juventud una gran necesidad de amar, ella hacía de su fraternal afecto una especie de culto por el cual se sacrificaba.

Cuanto poseía era de Luisa, se culpaba á sí misma para ocultar sus faltas, trabajaba sin descanso para que su querida niña fuese la más bella, la más elegante, y fomentaba así, sin pensarlo, los gérmenes de vanidad y egoísmo que en aquel joven corazón se abrigan.

Eugenia se imponía mil privaciones: la fortuna de su abuela, víctima también del pleito que arrebató la de su padre, había quedado reducida á una exigua renta que apenas les aseguraba una modesta medianía.

Eugenia, delicada hasta la exageración, evitaba todo gasto; prescindía de todo capricho, procuraba hacerse lo más útil posible en aquella casa en donde nadie se ocupaba de ella, y cuidando de sí, cuidaba al mismo tiempo de su hermana.

Esta no parecía comprender siquiera la solicitud de Eugenia.

Recibía aquel cuidado como si tuviese el derecho de exigirlo, y para nada pensaba en agradecerlo.

Siete años pasaron así, iguales, tristes, lentos para Eugenia, que no tuvo en ellos otro placer que las horas que consagraba á la lectura ó al dibujo, hacía el cual mostraba una gran afición que en vano quiso transmitir á Luisa.

El carácter de ésta demostraba cada día más claros sus defectos, no cambiados ó modificados por la educación, sino exagerados por la ternura ciega de Eugenia.

En esta época la anciana abuela murió.

Eugenia y Luisa quedaban solas en el mundo.

La pequeña herencia que como único patrimonio les legaba su abuela, era insuficiente á cubrir las más apremiantes necesidades.

Empezó para Eugenia la lucha, una lucha tenaz, desesperada, que la desgraciada sostenía con triste desaliento.

Nada esperaba; no veía el término de aquella situación angustiosa que sentía antes que por ella por Luisa.

Ésta, siempre caprichosa y egoísta, continuaba su vida de niña mimada y exigente, sin cuidarse del sufrimiento de Eugenia á quien llamaba rara é insoportable...

Es verdad que Eugenia, con suma paciencia, con sublime abnegación, le ocultaba sus preocupaciones y sus temores.

Nadie puede sospechar los milagros de economía que hacía Eugenia para nivelar en su pequeño presupuesto las entradas y los gastos!

Y nadie tampoco hubiera podido sospechar su espanto, cuando en un día en que la suma reunida era aún menor que la absolutamente necesaria, Luisa tenía el capricho de comprar un ramo de flores, un lazo ó un libro!...

Pero, cómo negárselo?

Su salud delicada siempre podía alterarse si se disgustaba con una negativa; además, Eugenia pensaba en que si

su madre viviese no se lo negaría... era preciso!...

Ante esta palabra Eugenia tomaba una resolución decisiva: vendía algo suyo... qué importaba si Luisa veía complacido su deseo!

Pero los recursos se iban acabando; el terrible mañana, ese día de esperanza para los seres felices, tiene angustias indecibles para los desgraciados.

Ese mañana es un nuevo día en el cual se renuevan todas las necesidades, y en el que faltan los recursos que se agotaron hoy.

Esos mil nada, esas pequeñeces de la vida doméstica que los ricos ni saben ni sospechan, son abrumadores para una naturaleza delicada que necesariamente ha de resolverlos.

Cuando Eugenia revolvía mil veces en su pensamiento esa tristísima pregunta de los desgraciados, ese «¿qué haré mañana?» sin respuesta. Luisa llegó á buscarla, risueña, contenta, coquetamente adornada, diciéndole que aquella noche quería ir al teatro.

Precisamente era el día en que los últimos recursos se habían agotado, y Eugenia sentía esa fiebre interior de la impaciencia, el dolor y la duda, que tan extraña influencia ejerce sobre el espíritu.

Al oír á su hermana tuvo impulsos de confesárselo todo; pero aquella boca se sonreía con tanto candor, aquellos ojos brillaban con tal alegría, que le faltó el valor para llevar á aquella alma pura y tranquila las tristezas de su alma.

Buscó algo que vender, y sus ojos se fijaron en el cuadro pintado por ella.

Ya hemos visto el resultado!...

Dios se vale á veces para mostrarnos la senda que hemos de seguir, da medios bien extraños!...

Desde aquel día Eugenia trabajó mucho, y su trabajo satisfizo sus necesidades y los caprichos de su hermana...

Casi todos los grandes acontecimientos que influyen en nuestra vida, parten de una pequeña causa!...

(Continuará.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

## Correspondencia del CÁDIZ.

—Monsieur F. F. Steenackers.—Lisboa.

Mucho agradezco vuestro ofrecimiento, y espero los artículos que serán tan lindos como todo lo que escribís: proyecto grandes mejoras en el CÁDIZ y una de ellas es darle una sección de literatura francesa, pero si lo deseáis, traduciré vuestros escritos: publicaré primero *La Magdalena de Ticiano*.

—D. V. Balaguer.—Madrid.

Mi revista es la que se honra con su colaboración, como yo con su amistad; puesto que me ofrece enviarme pronto trabajos suyos, me limito á decirle que los espero.

—D. J. Echegaray.—Madrid.

Gracias mil por su colaboración para mi revista que se honra en ello, y por sus frases de aprecio y amistad.

—D. A. Harmsen, Baron de Mayals.—Ali-cante.

Sus poesías son demasiado buenas para que yo consienta las ponga á mis pies, como *humilde ramillete*: ocuparán un lugar preferente en mi publicación, pues yo tampoco tengo *abnegación* para que renuncie V. á escribir en ella.

—Sr. Conde de Fabraquer, Vizconde de San Javier.—Madrid.

No sé cómo agradecerle, amigo mio, tanta amabilidad. Yo no puedo darle órdenes acerca de lo que ha de escribir para mi CÁDIZ, siendo así que se honrará igualmente al publicar sus trabajos, sean de historia, artes ó literatura, que todos serán igualmente buenos como lo prueba el que publico.

—D. A. R. Arroquia.—Madrid.

Un escrito tuyo vale tanto, que él bastaría para acreditar una publicación científica más importante que la mía: no olvides al CÁDIZ que se enorgullece con tu aprobación.

—D. M. Osorio y Bernard.—Madrid.

Puesto que, según galantemente afirma, un deseo mio equivale á una orden para Vd., ordeno al gaditano amante y al distinguido escritor, que dedique algunos trabajos á mi revista.

—D. R. de Campoamor.—Madrid.

Mil gracias por sus frases de elogio que no merezco, y por sus promesas de colaborar en mi CÁDIZ. Si esto ofreciera á V., según con tanta bondad me asegura, una de sus mayores complacencias, será para mí la más grata de las satisfacciones, al par que la honra más insigne.

—D.ª M. de la C. Gimeno.—Madrid.

Gracias por tus promesas; puesto que cuento contigo, ya procuraré que no olvides ni mi revista ni mi cariño. Dí lo mismo á Julia, á Emilia, á Faustina y á Graciella.

—D. T. Guerrero.—Madrid.

Ya que mi CÁDIZ merece su aprobación, no olvide cuánto se honra con publicar sus trabajos.

—D. J. L. Albareda.—Madrid.

Yo espero que la política no absorberá todo su tiempo, y podrá, según me dice, consagrar algún trabajo al CÁDIZ, que lo publicará con el mayor gusto.

—D. A. Romero Ortiz.—Madrid.

Amigo mio: Vedme llena de confusión al enviaros mi revista, porque ni ella está á la altura á que V. cree mi nombre, ni su directora es la primera de nuestras improvisadoras y literatas, como tiene la bondad de afirmar. De todos modos, y tal cual es, se honrará en dar un lugar preferente á sus escritos, así como yo me honro en reiterarles mis sentimientos de amistad.

—D. E. Castelar.—Madrid.

Mil y mil gracias por sus amables promesas y por sus elogios que no merezco.

Mi humilde revista está completamente á su disposición.

—D. N...—San Fernando.

Me es imposible insertar el artículo en que se pretende contestar al Sr. Castelar. Mi revista es un campo neutral de artes, letras y ciencias, en donde el autor de un trabajo responde de las doctrinas que expone, sin que yo pueda admitir polémicas, ni religiosas ni políticas, ajenas á la índole de mi publicación.

Le agradezco mucho sus elogios.

—D. L. Milans del Bosch, Teniente General.—Madrid.

Mil gracias, queridísimo amigo, por su bondad en escribir para mi CÁDIZ, á pesar de estar enfermo. En uno de los próximos números daré su lindo artículo; le deseo mucha salud, y que me pruebe, no olvidándome, ese cariño paternal que acepto con tanto gusto.

—D. A. Borrego.—Madrid.

Nunca sabré agradecer bastante esa amabilidad con que pone su pluma á mi disposición. En la imposibilidad de marcarle el número de cuartillas que deseo, lo cual sería un atrevimiento inaudito, me limitaré á recordarle con Cervantes que "lo bueno nunca es mucho."

—D. R. Ginard de la Rosa.—Madrid.

Agradezco sus bellísimas poesías. Ya que se empeña en que mi humilde nombre vaya el primero en su *Galería de Mujeres Ilustres*, le enviaré las biografías que desea, aunque, escritas al azar, no pueden encerrar grandes datos históricos.

Le reitero mis sentimientos de amistad.

—D. F. de A. Pacheco.—Madrid.

Le agradezco que acepte la colaboración de mi revista, y espero sus trabajos.

—D. C. Vieyra de Abreu.—Madrid.

Por un olvido involuntario ha dejado de ponerse su distinguido nombre en las listas de colaboradores; ya está salvado este error, y le ruego me dispense, enviándome los trabajos prometidos.

—D. F. Herran.—Vitoria.

Ya habrás visto publicado tu magnífico artículo: los de tus amigos serán muy bien recibidos, pues mi revista está completamente á tu disposición.

—D. F. de Gabriel.—Sevilla.

Agradezco á V. infinito sus elogios y pro-



mesas; ya sabe Vd., amigo mio, cuánto admiro sus lindos versos, y con qué gusto publicaré los que me envíe.

—D. J. Lamarque de Novoa y D.<sup>a</sup> Antonia Diaz de Lamarque.—Sevilla.

Mil gracias por las poesías, que son bellísimas, y por sus amables plácemes.

—D. J. Moreno Castelló.—Jaén.

La honra que me dispensa esa querida provincia, que halla en Vd. tan digno intérprete, deseando mi retrato, es harto lisonjera para que yo pueda renunciar á ella. Agradezco muy de corazón las pruebas de afecto y amistad que le debo, y le ofrezco una vez más mi publicación.

—D. J. Ruiz Jimenez.—Jaén.

Su entusiasta carta y espontáneos ofrecimientos, me conmueven profundamente. Si mi provincia *se enorgullece de mí*, como galantemente supone, yo á mi vez me enorgullezco de ella, y conservo, como mi más preciado tesoro el afecto de sus hijos.

Considere el CÁDIZ como suyo.

—D. B. de L. Corradi.—Alicante.

¡Con que corro como los planetas, y como ellos todo lo ilumino con mi luz!...

Cómo se conoce que es V. hijo de esta tierra bendita de la hipérbole y el simill!... Nada hay más agradable que la variedad y yo la busco, pero no me suponga una propiedad brillante que no tengo!...

No sea Vd. perezoso y escriba para mi CÁDIZ.

—D. J. Vila y Blanco.—Alicante.

Puesto que yo conozco lo que valen sus escritos, esa modestia no hace más que avalorar su mérito.

Envíeme cuanto guste; siempre me parecerá poco.

—D. J. Valero de Tornos.

Gracias por las frases que consagra á mi revista, que nunca valdrá tanto como la suya. Ya sabe que está á su disposición.

—D. C. Vilar y García.—Sevilla.

Mil gracias por su linda poesía, que ya habrá visto engalanando las columnas de mi CÁDIZ, por sus ofrecimientos y los de nuestros amigos, que acepto muy de corazón, y por sus apasionados elogios, que aprecio por ser de V., pero que conozco no merezco.

—D. F. Piñal.—Sevilla.

Nunca le agradeceré bastante la bondad con que se ocupa de mí: cuenta con mi amistad y con mi gratitud.

—Madame Rattazzi.—París.

En ese viaje á que me invitais, tendré el mayor gusto en estudiar de cerca vuestra brillante literatura francesa. Ya sabéis que el CÁDIZ es vuestro, sin condiciones.

—D. P. M. Sagasta.—Madrid.

Acepto con gratitud su felicitación y sus frases de amistad: yo soy la que me honro en poner su ilustre nombre en mi humilde revista, que puede considerar como suya.

—Sr. Marqués de San Miguel de la Vega.—Barcelona.

Tan pronto como tus ocupaciones te lo permitan, consagra un recuerdo á mi CÁDIZ. Te felicito muy de veras por el importante documento que me envías.

—Doctor Thebusem.—M. S.

Mil gracias por el original que me envía, que publicaré en breve.

—D. J. T. Salvany.—Madrid.

Desde luego contaba con V., y agradezco infinito que confirme esta opinión: gracias por sus bellas poesías.

—D. J. Alcalá Galiano.—Madrid.

La honra más grande que podía ofrecerme era la de someter sus trabajos á mi aprobación: ya sabe que yo no puedo juzgarle, sino admirarle; puesto que tan galantemente pone V. su pluma á mi disposición, yo le ruego que no olvide á mi CÁDIZ, que desea engalanarse con sus lindísimos escritos.

—D. J. R. de Mendoza.—Barcelona.

Me es imposible complacerle: *La flor del Cementerio* se escribe para el CÁDIZ y por ahora no se hará de ella otra edición: mil gracias por sus elogios; léala con atención y acaso conozca después algunos de sus tipos que copio de *apres-nature*...

—Sr. Conde de Morphi, Secretario particular de S. M. el Rey.—Madrid.

He dado orden de duplicar los números del CÁDIZ que no han llegado.

—Sr. Marqués de Nájera.—Madrid.

Queda suscrita S. A. R. la Serma. Señora Princesa de Asturias, á la que se servirá ofrecerle sentimientos de gratitud.

—D. L. P. Cossio, Gobernador de esta provincia.

Si puede tomarse por una galantería el que le envanezca mi amistad, como una verdad debe creerse la vanidad mía, al leer esas amables palabras. Mil gracias por ellas, y por sus ofrecimientos.

—D. J. de la Viesca, Marqués de Santo Domingo.—Cádiz.

Igualmente me envanecen y agradezco las frases de afecto, amistad y elogio que le he merecido.

—D. A. Topete, Comandante de Marina.—Cádiz.

Mil gracias por su cariñoso ofrecimiento, mi distinguido amigo, que deseo realice pronto.

—D. Jesús P. Valle.—Oviedo.

Agradezco sus libros, y aunque no tengo la autoridad literaria que V. bondadosamente supone, le enviaré, si no mis consejos, mi opinión franca y leal.

—D. Alberto D. de la Quintana.—Madrid.

Gracias por el original que me envía; no puedo aceptar su oferta, que estimo mucho, de enviarme una *Revista de Madrid* semanal, porque teniendo ya muchos trabajos, me sería imposible darlas á luz con oportunidad.

—A. Una admiradora.—Cádiz.

Gracias por sus elogios, que acepto como prueba de su afecto, aunque son innmerecidos.

No he pensado, ni pienso en irme de Cádiz por ahora, y no comprendo esas noticias, siendo así que ni mi estancia ni mi partida pueden influir para nada.

Quisiera, ya que le inspiro tantas simpatías, fuese tan amable que me dijese su nombre.

—D. R. de Campoamor.—Madrid.

Nada más grato para mí que su promesa de que serán para el CÁDIZ las poesías que vaya escribiendo.

—D. L. A. de Cueto, Marqués de Valmar.—Madrid.

Gratísima sorpresa he recibido con su poesía que me apresuro á publicar. Considere el CÁDIZ como suyo.

P. DE B.

## NOTICIAS.

La revista literaria *La Juventud*, que se publicaba en esta ciudad, deja hoy de publicarse, refundiéndose en el CÁDIZ. Agradecemos á la empresa la galantería con que nos cede el puesto, y las frases de elogio con que lo participa á sus suscritores, que desde hoy recibirán en cambio nuestra publicación.

Ofrecemos nuestras columnas á el director y redactores de *La Juventud*, y procuraremos hacernos digno de la misión civilizadora y artística que al unir sus deseos á los nuestros, parece confiarnos.

Enviamos nuestro más sentido pésame á nuestro distinguido amigo y colaborador Don Práxedes M. Sagasta, por la desgracia de fa-

milia que acaba de experimentar, y nos asociamos á su justo y natural dolor.

En estos días hemos recibido varias publicaciones de Madrid y provincias á cambio del CÁDIZ.

Les damos las gracias, como igualmente á los periódicos que felicitan á nuestra Directora por una honrosa distinción que ha recibido.

La Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras, verificó el Domingo 27 la recepción del nuevo Académico D. José M. Fernandez Cires. El Sr. D. Romualdo Alvarez Espino contestó en un notabilísimo discurso al del señor Fernandez Cires, también muy notable, siendo ambos escuchados con gusto por la escogida concurrencia que llenaba el salón. Como ambos discursos han de imprimirse, y entónces podremos estudiarlos más detenidamente, nos reservamos el emitir nuestra opinión acerca de ellos hasta ese momento. Damos las gracias á la Academia por su atenta invitación.

Nuestros teatros comienzan á animarse. El *Principal* cuenta con una compañía italiana de verso, zarzuela y opereta bufa, que, según parece, ha conseguido agradar en las primeras representaciones. En el *Circo-Romea* sigue trabajando la compañía de verso. En *Cervantes* los bailes y cantos andaluces.

La festividad del *Córpus* promete, según los anuncios, estar muy animada.

## ANUNCIOS.

### CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo primero de la *Segunda serie*, con la novela

**LAS TRECE NOCHES DE CÁRMEN,**

POR

**TEODORO GUERRERO.**

(Antítesis de la novela de H. Paul de Kock, *Las trece noches de Juanita*.)

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*.—Un tomo. —*El Vello de oro y Fea y pobre*.—Un tomo. —*La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*.—Un tomo. —*La nube negra*.—Un tomo. —*Madrid por dentro*.—Dos tomos. —*Anatomía del corazón*.—Dos tomos. —Tomando la colección, se dá en 32 rs.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, **LAS LLAVES**, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

### CANTARES

Y OTRAS RIMAS QUE LO PARECEN,

POR

**D. Juan Vila y Blanco.**

Un cuaderno de 32 páginas en 8.º con dedicatoria y 238 cuartetas.—A un real de vellón el ejemplar. Se hallará en casa del autor, Angeles, 4 y 6, Alicante.

CÁDIZ: 1877

**TIP. LA MERCANTIL,**

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ,

Sacramento 39 y Bulas 8.